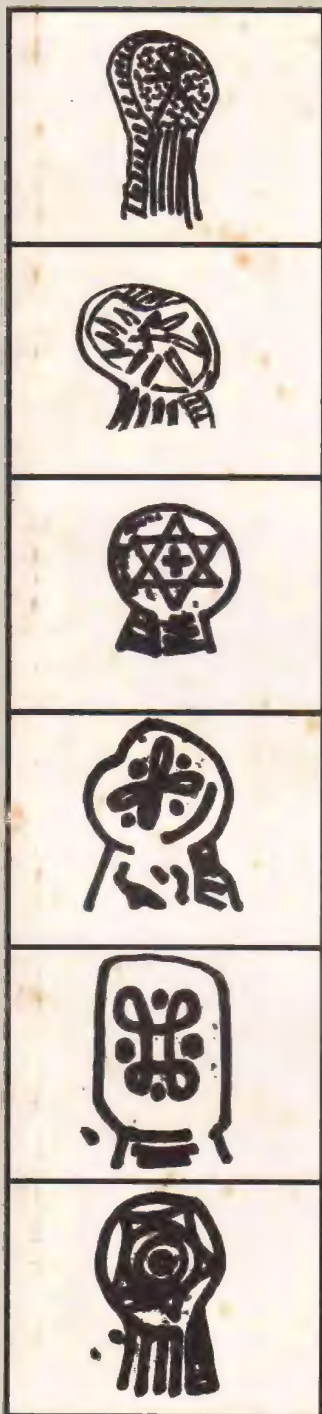


# VIENTO

POR UNA IZQUIERDA ALTERNATIVA

# SUR



● **Ciudades a la deriva.**

Carles Dolç, Robert Fitch, José García Rey, Pere López, Raúl

P o n t ● **Del movimiento**

**nacional a la nación**

**constituida.** Miroslav Hroch

● **Recordando a Julio**

**Cortázar.** Adolfo Gilly

● **México. ¡Que viva Chiapas!**

Sergio Rodríguez Lascano ● **Ex-**

**Yugoslavia. La 'comuni-**

**dad internacional' ante la**

**prueba de la crisis**

**yugoslava.** Catherine Samary

● **Rusia. Entre Yeltsin y**

**Zhirinovski.** Poul Funder Larsen

# Del movimiento nacional a la nación constituida

Miroslav Hroch

La nación ha sido una compañera inseparable de la historia europea moderna. No resulta difícil ironizar sobre el historial del “nacionalismo” en el pasado y en el presente, criticar el papel que ha desempeñado y conceder buenas o malas notas a los diferentes grupos, personalidades o incluso naciones. Existe un público que se encuentra a gusto con este procedimiento, que sin embargo no ha de confundirse con un método científico de estudiar el tema.

Los historiadores no son jueces; su labor consiste en explicar las transformaciones históricas actuales. En años recientes ha habido una cantidad significativa de nueva literatura sobre las naciones y el nacionalismo, mucha de ella producida por científicos sociales que desarrollan sus sistemas teóricos y luego ilustran sus generalizaciones con ejemplos seleccionados. Los historiadores prefieren empezar con una investigación empírica y de ahí pasar a conclusiones más amplias. Mi propio trabajo no ha pretendido avanzar una teoría de la construcción nacional, sino más bien desarrollar unos métodos eficaces de clasificación y valoración de las experiencias de construcción nacional como un proceso insertado dentro de una historia social y cultural más amplia: no tratadas como sucesos singulares e irrepetibles, sino como parte de una transformación global de la sociedad que se presta a generalizaciones controladas <sup>1</sup>.

Pero es importante enfatizar desde el principio que estamos muy lejos de ser capaces de explicar todos los grandes problemas que plantea la formación de las naciones modernas. Todos los historiadores de los movimientos nacionales coinciden en que carecemos de numerosos datos a la hora de comprenderlos. En este sentido, todas las conclusiones justificables no dejan de ser, todavía, hallazgos parciales, y deberíamos tomar todas las “teorías” como proyectos para investigaciones futuras. Podríamos decir, polémicamente, que de momento tenemos una excesiva producción de teorías y un estancamiento de los análisis comparativos sobre el tema.

## La nación y la sociedad civil

Este problema, creo, se debe en parte a una confusión de conceptos muy extendida. Porque hoy en día el proceso de formación de las naciones se representa típicamente como el desarrollo o divulgación de las ideas del “nacionalismo”. Esto quizá sea especialmente cierto en cuanto a la literatura anglosajona reciente <sup>2</sup>. Desde mi punto de vista, se trata de una forma errónea de enfocar el tema. Porque la difusión de las ideas nacionales sólo podía arraigar en un marco social específico. La construcción nacional nunca fue un mero

<sup>1</sup>/ Véase, de este autor, *Social Conditions of National Revival in Europe. A Comparative Analysis of the Social Composition of Patriotic Groups among the Smaller European Nations*, Cambridge 1985, y *Nardodni Hnuti v Evrope 19. Stoleti*. Praga 1986.

<sup>2</sup>/ El mismo término “nacionalismo” entró en la jerga académica bastante tarde, quizá no antes del trabajo del historiador estadounidense Carleton Hayes, sobre todo con su *Historical Evolution of Modern Nationalism*, Nueva York 1931. Su uso aún es raro en la Europa de entreguerras, como se puede ver en el trabajo de A. Kemiläinen: *Nationalism. Problems concerning the Word, the Concept and the Classification*. Jyväskylä 1964. El primer académico europeo importante en utilizar el concepto para un análisis sistemático fue E. Lemberg: *Der Nationalismus* (dos volúmenes). Hamburgo 1964.

proyecto de intelectuales ambiciosos o narcisistas y las ideas no podían haberse extendido por toda Europa debido a su propia fuerza inspiradora. Los intelectuales pueden “inventar” comunidades nacionales sólo si ya existen ciertas condiciones previas objetivas para la formación de una nación.

Karl Deutsch señaló hace mucho tiempo que para que surja la conciencia nacional, debe haber algo de lo que hacerse consciente. Los descubrimientos individuales del sentimiento nacional no explican la reaparición de tales descubrimientos en tantos países, independientemente unos de otros, bajo diferentes condiciones y en diferentes épocas. Sólo un enfoque que busque la semejanza de razones subyacente a por qué la gente aceptó una nueva identidad nacional puede arrojar alguna luz sobre este problema. Podemos expresar con palabras estas razones, pero muy a menudo son inexpresables por debajo de la línea de la “alta política”.

Por supuesto que la “nación” no es una categoría eterna, sino el producto de un largo y complicado proceso de desarrollo histórico en Europa. Por nuestra parte, la definiremos como un gran grupo social integrado no por uno, sino por una combinación de varios tipos de relaciones objetivas (económicas, políticas, lingüísticas, culturales, religiosas, geográficas, históricas), y su reflejo subjetivo en la conciencia colectiva. Muchos de estos lazos podrían sustituirse mutuamente: algunos jugando un rol especialmente importante en un proceso de construcción nacional y otros solamente un papel secundario. Pero entre ellos, tres destacan como irremplazables: (i) la “memoria” de algún pasado común, considerada como “destino” del grupo o al menos de sus componentes esenciales; (ii) una red de lazos lingüísticos o culturales que permitan un mayor grado de comunicación social dentro del grupo que fuera de él; (iii) la idea de la igualdad de todos los miembros del grupo organizados como una sociedad civil.

El proceso por el cual se construyeron las naciones, en torno a tales elementos centrales, no estaba predestinado ni era irreversible. Podría interrumpirse, de la misma manera que podría retomarse después de una larga pausa. Tomando a Europa como un todo, está claro que atravesó dos etapas diferentes, de extensión desigual. La primera de ellas comenzó en la Edad Media, y llevó a dos resultados completamente diferentes, que sirvieron de puntos de arranque opuestos para la segunda etapa, de transición a una economía capitalista y a una sociedad civil. En ese momento el camino a una nación moderna en el pleno sentido de la palabra provenía bien de una, bien de la otra de las dos situaciones sociopolíticas opuestas (aunque, por supuesto, hubo casos de transición).

En la mayor parte de Europa Occidental (Inglaterra, Francia, España, Portugal, Suecia, los Países Bajos) pero también más al Este en Polonia, el primer Estado moderno se desarrolló bajo el dominio de una cultura étnica, ya de una forma absolutista, ya por medio de un sistema de estamentos representativos. En la mayoría de tales casos, el régimen feudal tardío sufrió posteriormente una transformación, mediante reformas o revoluciones, para convertirse en una sociedad civil moderna *paralelamente* a la construcción del Estado-nación como comunidad de ciudadanos iguales.

Por otro lado, en la mayor parte de Europa central y oriental, una clase gobernante “exógena” dominaba los grupos étnicos que ocupaban un territorio compacto, pero que carecían de su “propia” nobleza, unidad política o tradición literaria continuada. Mi propio trabajo de investigación se ha centrado en este segundo tipo de situación. Sin embargo sería un error pensar que éste nunca existió, también, en Europa occidental. La difícil situación de los “grupos étnicos no dominantes” ha llegado a ser identificada con las tierras de Europa Oriental y Suroccidental, como el sino de los estonios, ucranianos, eslovenos, serbios y demás. Pero también había originariamente muchas comunidades similares en Europa Occidental y Suroccidental. Allí, sin embargo, el Estado medieval o moderno en sus comienzos asimiló la mayor parte de éstas, aunque un número

significativo de antiguas culturas diferenciadas persistieron a pesar de estos procesos de integración: la irlandesa, catalana, noruega y otras (en Europa Oriental, el griego quizá sea un caso análogo) /3. También existía un grupo importante de casos de transición, en los que las comunidades étnicas poseían su "propia" clase gobernante y tradición literaria, pero carecían de un Estado común: los italianos y alemanes, o posteriormente (después de perder su comunidad con Lituania) los polacos.

Ahora bien, en el segundo tipo de situación, sobre el que se ha concentrado mi propio trabajo, el comienzo de la etapa moderna de construcción nacional puede fecharse a partir del momento en el que grupos selectos dentro de la comunidad étnica no dominante empiezan a discutir su propia etnicidad y a concebirla como una nación en potencia. Tarde o temprano, observan ciertas carencias en la futura nación, y se esfuerzan por superarlas, intentando persuadir a sus compatriotas de la importancia de pertenecer conscientemente a la nación. Denomino *movimiento nacional* a estos esfuerzos organizados para alcanzar todos los atributos de una nación completamente constituida (que no siempre, ni en todo lugar, tuvieron éxito). La actual tendencia a hablar de ellos como "nacionalistas" sólo confunde más las cosas. Porque el nacionalismo stricto sensu es otra cosa: a saber, ese punto de vista que *antepone absolutamente los valores de la nación a todo otro valor e interés*. Y no era precisamente cierto que todos los patriotas de los movimientos nacionales de Europa Central y Oriental del siglo diecinueve o principios del veinte fuesen nacionalistas en este correcto sentido de la palabra. Apenas se le puede aplicar el término a figuras tan representativas como el poeta noruego Wergeland, que intentó crear una lengua para su país, el escritor polaco Mickiewicz que aspiraba a la liberación de su patria, o incluso el erudito checo Masaryk, que formuló y realizó un programa de independencia nacional después de haber luchado toda su vida contra los nacionalistas checos. El nacionalismo era sólo una de las muchas formas de la conciencia nacional que emergerían en el desarrollo de estos movimientos. Por supuesto que el nacionalismo a menudo se convirtió, más tarde, en una fuerza importante en la región, al igual que lo hizo más al Oeste en la región de las naciones-Estado, como un tipo de política de fuerza con algún toque irracional. Pero el programa del movimiento nacional clásico era de otro tipo.

Sus objetivos abarcaban tres grupos principales de demandas, que se correspondían con lo que se consideraban carencias en la existencia nacional: (1) el desarrollo de una cultura nacional basada en la lengua local y la utilización habitual de ésta en la educación, la administración y los asuntos económicos; (2) la consecución de derechos civiles y autogestión política, inicialmente en la forma de autonomía, y de independencia al final (normalmente bastante tarde, como petición explícita) /4; (3) la creación de una estructura social completa a partir del grupo étnico, incluyendo las élites educadas, una oficialidad y una clase empresarial. pero también (donde fuera necesario) un campesinado libre y unos trabajadores organizados.

**3/** Así si comparamos la incidencia de los movimientos nacionales en Europa Occidental y Oriental en el siglo diecinueve, la cantidad viene a ser la misma. Pero las proporciones cambian si preguntamos cuántas cultural medievales autónomas se habían ya integrado ya extinguido en cada zona. Porque en el Oeste, sólo algunas de estas culturas sobrevivieron para constituir la base de movimientos nacionales posteriores: otras (*niederdeutsch*, árabe, provenzal, etc) se extinguieron. Las monarquías occidentales se mostraron por lo general mucho más capaces de asimilar culturas y comunidades "sin Estado" que los Habsburgo, Romanov o el Imperio otomano.

**4/** Hubo movimientos nacionales que desarrollaron la aspiración a la independencia muy temprano: por ejemplo, el noruego, el griego o el serbio. Pero hubo muchos más que no lo desarrollaron hasta bastante tarde, y en las circunstancias excepcionales de la primera guerra mundial: entre ellos el movimiento checo, el finlandés, el estonio, el latvio y el lituano: mientras que otros (el esloveno o el bielorruso) ni aún entonces formularon esta meta. El caso catalán nos ofrece un claro ejemplo de cómo incluso un movimiento nacional poderoso no necesita aspirar a un Estado independiente.

La prioridad relativa y distribución temporal de estos tres grupos de demandas variaban en cada caso. Pero la trayectoria de cualquier movimiento nacional llegaba a su fin sólo cuando todas se cumplían.

Entre el punto de arranque de cualquier movimiento nacional dado y su conclusión satisfactoria, podemos distinguir tres fases estructurales, según el carácter y el papel de los sectores activos en él y el grado de conciencia nacional emergente en el conjunto del grupo étnico.

Durante un período inicial, que he denominado **Fase A**, los activistas dedicaban sus energías principalmente a la investigación erudita y difusión de los atributos lingüísticos, culturales, sociales y a veces históricos del grupo no dominante; pero, en general, sin exigencias específicamente nacionales para remediar las carencias (algunos ni siquiera creían que su grupo pudiera llegar a constituirse en nación). En un segundo período, o **Fase B**, surgió una nueva formación de activistas, que ahora buscaban ganarse a tantas personas de su grupo étnico como fuera posible para el proyecto de creación de una futura nación, por medio de la agitación patriótica para “despertar” la conciencia nacional en ellas; al principio sin ningún éxito destacable (en una sub-etapa), pero más tarde (en otra sub-etapa) con una receptividad cada vez mayor.

Una vez que la mayoría de la población llegó a otorgarle un valor especial a su identidad nacional, se formó un movimiento de masas, al que he llamado **Fase C**. Fue sólo durante esta fase final cuando pudo tomar cuerpo una estructura social completa, y cuando el movimiento se dividió en las ramas clerical-conservadora, liberal y democrática, cada una con sus propios programas.

## Cuatro tipos de movimiento nacional

El sentido de una periodización como la propuesta era permitir comparaciones significativas entre los movimientos nacionales; es decir, algo más que meros informes sincrónicos de lo que sucedía al mismo tiempo en diferentes partes de Europa en el siglo pasado, a saber, el estudio de formas y fases análogas del desarrollo histórico. Una comparación tal requiere la selección de un conjunto limitado de factores específicos conforme a los cuales se pueden analizar los diferentes movimientos nacionales. Es obvio que cuanto más complejo sea el fenómeno a comparar, mayor será el número de factores pertinentes. Pero normalmente es aconsejable avanzar poco a poco, acumulando resultados comparativos paso a paso, en vez de introducir demasiados factores de golpe. Estos son algunos de los indicadores más significativos, varios ya estudiados por mí u otras personas, mientras otros siguen siendo temas para futuras investigaciones: el perfil social y la distribución territorial de los patriotas y activistas principales; el papel de la lengua como símbolo y vehículo de identificación; el lugar que ocupa el teatro (también la música y el folklore) en los movimientos nacionales; la prominencia o no de los derechos civiles como demanda; la importancia de la conciencia histórica; la situación del sistema escolar y la alfabetización; la participación de las iglesias y la influencia de la religión; la contribución de las mujeres como activistas y como símbolos.

Sin embargo, el principal resultado de mi propia investigación fue la transcendencia, para cualquier tipología de los movimientos nacionales en Europa central y oriental (pero no sólo allí), de la afinidad entre la transición a la Fase B y luego a la Fase C, por un lado, y la transición a una sociedad constitucional basada en la igualdad ante la ley, por el otro: lo que a menudo se llama genéricamente el momento de la “revolución burguesa”. Combinando estas dos series de cambios, podemos distinguir cuatro tipos de movimiento nacional en Europa:

1. En el primero, el comienzo de la agitación nacional (Fase B) tenía lugar bajo el viejo régimen absolutista, pero adquirió un carácter masivo en un tiempo de cambios

revolucionarios en el sistema político, cuando también empezaba a constituirse un movimiento organizado de trabajadores. Los líderes de la Fase B desarrollaron sus programas nacionales bajo unas condiciones de cambio y caos político. Este era el caso de la agitación checa en Bohemia, y de los movimientos húngaros y noruegos, todos los cuales entraron en la Fase B alrededor de 1800. Los patriotas noruegos ganaron una constitución liberal y la declaración de independencia en 1814, mientras los checos y los magiars desarrollaron (aunque de forma muy diferente) sus programas nacionales durante las revoluciones de 1848.

2. En el segundo, del mismo modo, la agitación nacional se puso en marcha bajo el Antiguo Régimen, pero la transición a un movimiento de masas, o Fase C, se retrasó hasta después de una revolución constitucional. Este cambio de orden pudo haber sido causado bien por un desarrollo económico desigual, como en Lituania, Letonia, Eslovenia o Croacia, bien por la opresión extranjera, como en Eslovaquia o Ucrania. Podemos decir que la Fase B empezó en Croacia en la década de 1830, en Eslovenia en la de 1840, en Letonia al final de la de 1850, y en Lituania no tuvo lugar hasta la de 1870: alcanzando la Fase C en Croacia no antes de la década de 1880, en Eslovenia en la de 1890, y en Letonia y Lituania sólo durante la revolución de 1905. La magiarización forzosa frenó la transición a la Fase C en Eslovaquia después de 1867, al igual que hizo la rusificación opresiva en Ucrania.

3. En el tercer tipo, el movimiento nacional adquirió un carácter popular ya bajo el Antiguo Régimen, y por lo tanto antes de que se estableciera una sociedad civil o un orden constitucional. Esta situación produjo insurrecciones armadas, y quedó limitada a las tierras del Imperio otomano en Europa: Serbia, Grecia, y Bulgaria.

4. En el tipo final, la agitación nacional empezó por vez primera bajo unas condiciones constitucionales, en un marco capitalista más desarrollado, característico de Europa occidental. En estos casos, el movimiento nacional pudo alcanzar la Fase C bastante pronto, como en las tierras vascas y en Catalunya, mientras en otros casos esto sólo sucedió tras una larga Fase B, como en Flandes, o no tuvo lugar, como en Gales, Escocia o Bretaña.

Ninguno de los pasos dados hasta ahora (de la definición a la periodización y de ahí a la tipología) es, por supuesto, un fin en sí mismo. No explican el origen ni los resultados de los diferentes movimientos nacionales. No son más que puntos de arranque necesarios para el auténtico trabajo de cualquier investigación histórica: el análisis de las causas. ¿Cuál es la explicación del éxito de la mayoría de estos movimientos en la época que terminó en Versalles, y el fracaso de otros? ¿Qué justifica las diferencias en sus evoluciones y resultados? Si la moderna idea de que las naciones de Europa fueron inventadas por el nacionalismo no tiene fundamento alguno, explicaciones monocausales no son mucho más válidas. Cualquier explicación satisfactoria tendrá que ser multicausal, y moverse entre los diferentes niveles de generalización; y tendrá que abarcar una cronológicamente extensa secuencia de desarrollo europeo desigual.

## **Antecedentes de la construcción nacional**

Cualquier explicación de este tipo ha de empezar con el “preludio” a la construcción nacional moderna que se extiende por la época medieval tardía y la primera época moderna, y que fue de gran importancia no sólo para las naciones-Estado occidentales, sino también para aquellos grupos étnicos que seguían o acabaron dominados por clases gobernantes “externas” en el Centro y el Este del continente, o en cualquier otro lugar. En la realidad histórica hubo, claro está, muchos casos de transición entre estos dos tipos ideales. Un gran número de entidades políticas medievales con sus propias lenguas escritas no llegaron a constituirse en naciones-Estado, sino que por el contrario perdieron su autonomía parcial o totalmente, al tiempo que sus poblaciones retuvieron en general su etnicidad. Este es el

caso de checos, catalanes, noruegos, croatas, búlgaros, galeses, irlandeses y otros. Incluso en el caso de grupos étnicos no dominantes bastante "puros" tipológicamente (por ejemplo, los eslovenos, estonios o eslovacos) no podemos despreciar su pasado común como un simple mito. Mas en general, el legado de la primera etapa del proceso de construcción nacional, incluso en los casos abortados, dejó a menudo importantes recursos para la segunda. Recursos que consistían, en concreto, en lo siguiente:

1) Muy a menudo, quedaban ciertas reliquias de una anterior autonomía política, aunque apropiada por miembros de estamentos pertenecientes a la nación "gobernante", que provocaron tensiones entre los estamentos y el absolutismo que a veces fueron la raíz de posteriores movimientos nacionales. Podríamos constatar este esquema en muchas partes de Europa a finales del siglo XVIII: por ejemplo, en la resistencia de los estamentos húngaro, bohemio y croata al centralismo de Josefina, la reacción de la nobleza en Finlandia al neoabsolutismo de Gustavo III, la oposición de los terratenientes protestantes en Irlanda al centralismo británico, o la respuesta de la burocracia local en Noruega al absolutismo danés.

2) La "memoria" de una anterior independencia o autogestión, aunque muy alejada en el pasado, pudo desempeñar un importante papel en el estímulo de la conciencia histórica nacional y de la solidaridad étnica. Éste fue el primer argumento utilizado en la Fase B por los patriotas checos, los de Lituania, Finlandia, Bulgaria, Catalunya, etc.

3) En muchos casos, la lengua escrita medieval había sobrevivido en mejor o peor estado, facilitando el desarrollo de la normativa de un idioma moderno con su propia literatura, como resultó ser el caso del checo, finlandés o catalán, entre otros. Sin embargo, el contraste entre casos con este legado y su ausencia se exageró mucho en el siglo diecinueve, considerando a veces que se correspondía con la diferencia entre pueblos "históricos" y "sin historia", cuando de hecho su preeminencia se limitaba al momento en el que surgía la conciencia histórica de la nación.

Lo que está claro en todos los casos, no obstante, es que el proceso de construcción nacional moderno comenzó con la recolección de información sobre la historia, la lengua y las costumbres del grupo étnico no dominante, lo que se convirtió en el ingrediente clave en la primera fase de la agitación patriótica. Los doctos investigadores de la Fase A "descubrieron" al grupo étnico y sentaron las bases para la consiguiente formación de una "identidad nacional". Sin embargo no podemos catalogar su actividad intelectual como un movimiento social o político organizado. La mayoría de los patriotas no planteaban exigencias "nacionales" a estas alturas. La transformación de sus intenciones en los objetivos de un movimiento social que perseguía cambios culturales y políticos fue resultado de la Fase B, y las razones de por qué ocurrió esto siguen siendo todavía, en gran medida, una interrogante. ¿Por qué intereses académicos se convertían en afinidades emocionales? ¿Por qué el afecto o la lealtad a una región se transforma en identificación con un grupo étnico como futura nación?

## **El papel de la movilidad social y la comunicación**

En una primera aproximación, podríamos considerar tres procesos como decisivos para esta transformación: (1) una crisis social y/o política del antiguo orden, acompañada de nuevas tensiones y perspectivas; (2) la aparición de descontento entre elementos significativos de la población; (3) pérdida de la fe en los sistemas morales tradicionales, principalmente una caída de la legitimidad religiosa, aunque esto sólo afecte a pequeños grupos de intelectuales (pero no sólo aquellos influenciados por el racionalismo de la Ilustración, también por otras corrientes disidentes). En general, está claro que las investigaciones futuras han de prestar más atención a estos diferentes aspectos de la crisis

y a la competencia o buena voluntad de los patriotas a la hora de enfrentarse a ellos en términos nacionales (y no simplemente sociales o políticos). El lanzamiento en estos momentos de una verdadera campaña de agitación nacional por parte de ciertos grupos de intelectuales, iniciaba la esencial Fase B. Pero esto no significaba automáticamente el nacimiento de una nación moderna, cuya aparición requería más condiciones. Debemos preguntarnos bajo qué circunstancias tal agitación tuvo éxito a la larga, al pasar directamente al movimiento de masas de la Fase C, capaz de completar el programa nacional.

Los científicos sociales han propuesto diferentes teorías para explicar esta transformación, pero resulta difícil sentirse satisfecho con ellas, porque no se corresponden con los hechos empíricos. Ernest Gellner, por ejemplo, atribuye el crecimiento del "nacionalismo" fundamentalmente a las necesidades funcionales de la industrialización **15**. Sin embargo, la mayoría de los movimientos nacionales de Europa aparecieron bastante antes de la llegada de la industria moderna y normalmente completaron la decisiva Fase B de su desarrollo antes de que tuvieran contacto alguno con ella; muchos de ellos, por cierto, en condiciones fundamentalmente agrarias.

Pero si tales defectos son comunes a mucha de la literatura sociológica, no podemos limitarnos, por otra parte, a las descripciones inductivas predilectas del historiador tradicionalista. Consideremos pues dos factores, llamados de forma diferente por los diferentes autores, pero que sustancialmente gozan de cierto consenso en la materia. Adoptando la terminología de Karl Deutsch, podemos denominarlos movilidad social y comunicación **16**. Aquí la situación aparenta ser relativamente simple. Es fácil confirmar el hecho de que, en la mayoría de los casos, los miembros de los grupos patrióticos pertenecían a profesiones con una movilidad vertical bastante elevada, mientras que en ningún caso estaban controlados por militantes de grupos con reducida movilidad social, como los campesinos. Un alto nivel de movilidad social parece haber sido pues una condición propicia para la aprobación de los programas patrióticos en la Fase B. Por desgracia, sin embargo, sabemos que a menudo también facilitó una fructuosa asimilación ascendente de los miembros de los mismos grupos a los cuadros de la nación gobernante. De modo similar, la comunicación social entendida como la transmisión de información acerca de la realidad, y de las actitudes hacia ella, desempeñó ciertamente un importante papel en la llegada de la sociedad capitalista moderna; y si analizamos las profesiones de los patriotas, llegaremos a la conclusión de que la agitación nacional atraía antes a aquellos que, dentro del grupo étnico no dominante, disfrutaban de los mejores canales para dicha comunicación.

Un análisis territorial ofrece el mismo resultado: aquellas regiones con una red de comunicaciones más densa eran más susceptibles a tal agitación. Hasta aquí, el punto de vista de Deutsch parece corroborarse: que el crecimiento de los movimientos nacionales (él hablaba de nacionalismo) iba de la mano con el progreso de la comunicación y la movilidad sociales, ellos mismos procesos dentro de una transformación más general de la sociedad **17**.

Sin embargo aún es necesario cotejar esta hipótesis con la realidad histórica en al menos dos casos restrictivos. Por un lado, presentamos el ejemplo de la región de Polesia en la Polonia de entreguerras, una zona con una movilidad social mínima, contactos con el mercado muy débiles y escasamente alfabetizada. Cuando se les preguntó a sus habitantes en el censo de 1919 cuál era su nacionalidad, la mayoría de ellos respondieron: «de por

**5/** Ver *Nations and Nationalism*. Oxford 1953.

**6/** Ver el trabajo de Deutsch *Nationalism and Social Communication*, Cambridge, Mass., 1953. Otros académicos han subrayado la importancia de la comunicación social para la comprensión del sentimiento nacional, sin adoptar la perspectiva ni terminología de Deutsch. Ver, por ejemplo, Benedict Anderson. *Imagined Communities. Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*, London 1983, edición aumentada 1991.

**7/** O. Bauer fue el primero en entender la relación entre el proceso de construcción nacional y la transformación capitalista general de la sociedad. O. Bauer, *Die Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie*. Viena 1907.



aquí» **18**. El mismo esquema prevaleció en Lituania oriental, Prusia occidental, la baja Lusacia, y en diferentes regiones balcánicas. ¿Pero cuál es la situación contraria? ¿Podemos considerar como causas de una fructífera Fase B el crecimiento intensivo de las comunicaciones y una alta tasa de movilidad? De ninguna manera: la experiencia de tierras como Gales, Bélgica, Bretaña o Schleswig muestra, por el contrario, que éstas podían coexistir con una respuesta débil a la agitación nacional, en unas condiciones en las que un orden constitucional en proceso de maduración se revelaba más importante.

## Crisis y conflicto

Tiene que haber habido entonces otro factor de peso, además del cambio social y los altos niveles de movilidad y comunicación, que haya ayudado, característicamente, a darle impulso al movimiento nacional. He denominado a este factor un conflicto de intereses relevante a nivel nacional: en otras palabras, una tensión o choque social que se correspondería con las divisiones lingüísticas (a veces también religiosas).

Un ejemplo corriente en el siglo XIX era el conflicto entre los nuevos graduados universitarios provenientes de un grupo étnico no dominante y una élite cerrada proveniente de la nación gobernante que mantenía un control hereditario de los principales puestos en el Estado y en la sociedad **19**. Pero había también enfrentamientos entre campesinos pertenecientes al grupo dominado y propietarios del grupo dominante, entre artesanos del primero y grandes mercaderes y fabricantes del segundo, etc. Hay que señalar que estos conflictos de intereses que influyeron en el destino de los movimientos nacionales no se pueden reducir a conflictos de clase; porque los movimientos nacionales siempre consiguieron militantes de diferentes clases y grupos, de manera que sus intereses estaban determinados por un amplio espectro de relaciones sociales (incluyendo entre ellas, por supuesto, las relaciones de clase).

¿Por qué los conflictos sociales de este tipo se expresaban en términos nacionales con más éxito en unas partes de Europa que en otras? Paradójicamente, podemos decir que en el siglo XIX la agitación nacional a menudo empezaba antes y avanzaba más en aquellas áreas en las que los grupos étnicos no dominantes en su totalidad, incluyendo frecuentemente a sus líderes, tenían poca educación política y casi ninguna experiencia política, a causa de la opresión absolutista bajo la que tuvieron que desarrollarse. Bohemia o Estonia son dos de los muchos ejemplos. En estas circunstancias, no había lugar para las formas más desarrolladas del discurso o del argumento político. En ambos bandos de un conflicto dado, era más fácil expresar las contradicciones u hostilidades sociales en categorías nacionales: como peligros para una cultura común o un idioma particular o unos intereses étnicos. Esta es la principal razón por la que los movimientos nacionales de Europa occidental muestran un inconformismo tipológico (véase el tipo 4 más arriba). Fueron unos mayores niveles de cultura y experiencia políticas los que permitieron que los conflictos de intereses en la mayoría de las áreas occidentales se articularan en términos políticos.

Así, los patriotas flamencos se dividieron en dos campos desde el principio de la Fase B: el campo liberal y el clerical, y la mayoría de los electores flamencos expresaron sus preferencias políticas votando a los partidos Liberal o Católico, dejando sólo una pequeña minoría para el Partido Flamenco propiamente dicho. Hoy podemos observar el mismo

**18/** Este episodio no se analiza en la literatura occidental; ver J. Tomaszewski, *Z dziejów Polesia 1921-1939*, Varsovia 1963, p. 23.

**19/** Señalé por primera vez la importancia de este conflicto con relevancia nacional en mi libro *Die Vorkämpfer der nationalen Bewegungen bei den kleinen Völkern Europas*, Praga 1968. Para subsiguientes análisis más detallados del problema de los intelectuales en paro véase A.D. Smith, *The Ethnic Revival in the Modern World*, Cambridge 1981.

fenómeno en Gales y Escocia. En estas condiciones, el programa nacional no podía fácilmente conseguir un apoyo masivo, y en algunos casos nunca alcanzaron una transición a la Fase C. La lección es que considerar solamente el nivel formal de la comunicación social en una sociedad dada no es suficiente: debemos observar también las modificaciones de los contenidos en esta red (aunque éstos sean en parte inconscientes). Si las consignas y las metas nacionales usadas por los agitadores para articular las tensiones sociales se corresponden de hecho con la experiencia cotidiana inmediata, con el nivel de instrucción y con el sistema de símbolos y estereotipos corrientes en la mayoría del grupo étnico no dominante, entonces se puede alcanzar la Fase C en un período de tiempo relativamente corto.

El esquema de un movimiento nacional fructífero incluye así invariablemente al menos cuatro elementos: 1) una crisis de la legitimidad, relacionada con tensiones sociales, morales y culturales; 2) un grado básico de movilidad social vertical (algunas personas con educación han de proceder del grupo étnico no dominante); 3) un nivel bastante alto de comunicación social, incluyendo alfabetización, escolarización y relaciones mercantiles; y 4) conflictos de intereses relevantes en lo que a la nación se refiere. Este modelo no pretende explicarlo todo en la larga y compleja historia de los movimientos nacionales. Permítanme ilustrar esto con una muestra de algunos de los problemas que quedan sin resolver hoy en día, a pesar de la plétora de nuevas "teorías del nacionalismo".

## Lagunas que delata el modelo

Mis propios estudios comparativos se han centrado en el campo de las agrupaciones sociales activas en la Fase B de los movimientos nacionales de la Europa decimonónica. De momento, no se ha realizado ningún estudio análogo de la Fase C **10**. Aquí también se necesita con urgencia un análisis comparativo, no sólo de los grupos sociales movilizados una vez que el programa nacional ha calado en las masas, sino también de la importancia relativa de los tres componentes principales de su propio orden del día. No había una única combinación ideal de éstos. Lo que necesitamos explorar son las inter-relaciones entre las aspiraciones culturales, políticas y sociales en los programas nacionales de la época, al mismo tiempo que la estructura interna de cada una y las demandas específicas que surgieron de ellas. Sabemos ya que pueden variar mucho. Lo que es más, una vez que las demandas políticas ocuparon un lugar sobresaliente en el programa nacional, el mismo movimiento se convirtió inevitablemente en un campo de batalla por la toma de poder, no sólo en la lucha contra la nación gobernante, sino también dentro de la dirección de los movimientos nacionales. En estas condiciones, el liderazgo de los movimientos nacionales pasó típicamente de los intelectuales a los estamentos profesionales en un sentido más amplio.

Otro campo esencial para los estudios comparativos es la fisonomía social de los patriotas dirigentes: sobre todo, la intelectualidad nacional de la zona. Algunas comparaciones preliminares que he llevado a cabo de intelectuales checos, polacos, eslovacos y alemanes de este período indican que, de momento, hay muchas oportunidades sin explotar para la interpretación de estereotipos nacionales, de la cultura política y los sentimientos sociales de los patriotas. Los sorprendentemente diferentes orígenes sociales de las intelectualidades alemana y checa de la época arrojan nueva luz sobre los movimientos nacionales de cada grupo en Bohemia **11**. Pero también deberíamos tomar nota de que hasta ahora se ha

**10/** La escasez de estudios de casos con este problema explica por qué E.J. Hobsbawm no pudo analizar la estructura social de la Fase C en su último trabajo, *Nation and Nationalism 1789-1945*. Cambridge 1990.

**11/** Algunos resultados parciales se han publicado en M. Hroch, «Das Bürgertum in den nationalen Bewegungen des 19. Jahrhunderts—ein europäischer Vergleich», en Jürgen Kocka, ed., *Bürgertum in 19. Jahrhundert*, Bd. 3, Munich 1988, p. 345ss.

trabajado poco sobre aquellos intelectuales que, debido a su educación u origen étnico, podían haber participado en el movimiento nacional, pero no lo hicieron. Necesitamos saber más sobre estas intelectualidades asimiladas o indiferentes a lo nacional.

Una última e importante laguna en la investigación contemporánea sobre los movimientos nacionales del siglo pasado puede parecernos inopinada. Mucho se ha ironizado sobre las leyendas históricas y los pasados ficticios suministrados por los patriotas de la época **/12**. Pero en realidad no sabemos mucho sobre el verdadero papel de la historia en el nacimiento y desarrollo de los movimientos nacionales. Porque había, por supuesto, un fondo auténtico de experiencia histórica del que muchos de ellos podían sacar... todos los materiales depositados por la primera, premoderna etapa del proceso mismo de construcción nacional; y luego estaban las diferentes formas en que a continuación éstos cristalizaron en la conciencia del grupo no dominante. El tipo de pensamiento histórico que surgió al principio del movimiento nacional era típicamente muy diferente de aquél que se desarrolló hacia el final. Aquí las comparaciones entre Europa Occidental y Oriental, naciones gobernantes y naciones gobernadas, son con toda probabilidad muy instructivas.

Contrastar novelas históricas alemanas y checas de esta época, como he hecho recientemente, da unos resultados muy sugestivos: mientras la mayoría de las primeras toman a sus héroes de las filas de gobernantes y nobles (principalmente prusianos), el mismo estrato social se representa muy raramente en las segundas **/13**.

## Los “nuevos nacionalismos” como recapitulación de los viejos

¿Hasta qué punto nos puede ayudar a entender los “nuevos nacionalismos” de Europa Central y Oriental de hoy en día el modelo expuesto más arriba, desarrollado a partir de estudios de los movimientos nacionales de la Europa decimonónica? La opinión corriente de que los conflictos actuales son el resultado de la liberación de fuerzas irracionales reprimidas (“congeladas” podríamos decir) durante mucho tiempo bajo el comunismo, y que ahora resurgen después de un período de cincuenta años, es evidentemente superficial. Una idea así no deja de ser extravagante, más propia de los cuentos de hadas que de los procesos históricos. Resulta mucho más verosímil considerar como “nuevos movimientos nacionales” a las fuerzas que han estado reorganizando Europa Central y Oriental la década pasada; movimientos que presentan muchas semejanzas con los del siglo XIX y también algunas diferencias significativas.

La semejanza más llamativa entre los dos radica en la reproducción contemporánea del mismo tríptico de aspiraciones de que constaba el programa nacional de hace cien años. Los objetivos específicos perseguidos no son lógicamente idénticos a aquellos del primer movimiento nacional, pero los enfoques generales están íntimamente relacionados. De nuevo, las demandas lingüísticas y culturales han emergido con fuerza, sobre todo, por supuesto, en los territorios de la antigua Unión Soviética. Allí, la política oficial nunca había reprimido las lenguas locales de la misma manera en que a menudo lo había hecho el gobierno zarista: de hecho, había ayudado a promoverlas en el período de entreguerras, cuando el ucraniano, el bielorruso, el caucásico y las lenguas vernáculas de Asia central se habían convertido en los idiomas de instrucción escolar y de las publicaciones. Pero en las tierras occidentales adquiridas tras la guerra no se siguió esta política y el ruso se

**12/** Para un ejemplo típico de respuesta tan fácil, ver W. Kolarz, *Myth and Realities in Eastern Europe*, Londres 1946.

**13/** Die bürgerliche Belletristik als Vermittlerin des bürgerlichen Geschichtsbewusstseins: deutsches und tschechisches Geschichtsbild im Vergleich, Bielefeld, ZfF, 1987.

imponía cada vez más como el idioma de la vida pública. De ahí la importancia del tema lingüístico hoy en día en esta zona, con Estonia declarando que el conocimiento de su lengua condiciona el disfrute de los derechos civiles o Moldavia reclamando el alfabeto latino. En los países al Oeste del Bug y del Dniester, las demandas lingüísticas no han destacado tanto. Pero también aquí, en los años setenta y ochenta, existía una campaña para separar el croata, como un idioma completamente independiente, del serbio, como una de las primeras señales de la desintegración de Yugoslavia; del mismo modo el Instituto de Literatura Eslovaca (Matica) ha sido el primero en utilizar argumentos lingüísticos para la independencia nacional de Eslovaquia.

Si la importancia del componente lingüístico varía hoy en día de región a región, el componente político es primordial en todos los casos. Los dos objetivos principales expuestos aquí son una versión paralela de los del pasado. Por un lado, la demanda de democracia se corresponde con la petición de derechos civiles de los movimientos "clásicos". Por el otro, el deseo de una independencia total nos recuerda la aspiración a una autonomía étnica en el siglo XIX. En la mayoría de los casos, aunque no en todos (Eslovenia, Croacia o Eslovaquia), se toma como modelo decisivo la anterior experiencia como Estados independientes, antes de la primera guerra mundial. A la altura de 1992, la independencia política se ha reafirmado por completo, lógicamente, en la mayor parte de Europa central; mientras que en la antigua URSS las repúblicas integrantes de la Unión son ya Estados soberanos, al menos jurídicamente. En estas condiciones, lo que se plantea ahora es la dirección que ha de tomar la independencia recién ganada, es decir, qué políticas adoptar con respecto a los vecinos externos, o a las minorías internas.

Por último, los nuevos movimientos nacionales muestran un programa social de diferente tipo, en unas circunstancias en las que se da por norma general un rápido intercambio de clases gobernantes. Los líderes de estos movimientos aspiran a una meta muy específica: completar la estructura social de la nación por medio de la creación de una clase capitalista que se correspondería con la de los Estados occidentales, en la que los propios líderes llegarían a gozar de una situación privilegiada. Aquí también son sorprendentes las semejanzas formales con el pasado.

Además de éstas tenemos una serie más de importantes semejanzas. En el siglo XIX, la transición a la Fase B ocurría en un momento en el que el Antiguo Régimen y su orden social estaban a punto de desintegrarse. A medida que se debilitaban o desaparecían los vínculos tradicionales, la necesidad de una nueva identidad colectiva unió a gentes de clases sociales y tendencias políticas diferentes en un solo movimiento nacional. De la misma manera hoy, después del derrumbe del poder y de la planificación central comunistas, los lazos familiares se han resquebrajado, dando paso a una ansiedad e inseguridad generalizadas en las que la idea nacional cumple un papel que permite la integración colectiva. En condiciones de tensión extrema, la gente característicamente tiende a sobrevalorar el aliento protector de su propio grupo nacional.

La identificación con el grupo nacional incluye a su vez, como también sucedía en el siglo pasado, la construcción de una imagen personalizada de la nación. El pasado glorioso de esta personalidad llega a ser vivido como parte de la memoria individual de cada ciudadano y ciudadana y sus derrotas se resienten como fracasos que aún les afectan. Una consecuencia de tal personalización es que la gente considera a su nación (o sea, a ellos mismos) como un único cuerpo en un sentido más que metafórico. Si le sucede cualquier desgracia a una pequeña parte de la nación, se sentirá en toda ella, y si cualquier rama del grupo étnico (incluso una que viva lejos de la "madre patria") está a punto de ser asimilada, los miembros de la nación personalizada pueden considerarlo una amputación del cuerpo nacional.

El cuerpo nacional personalizado necesita, por supuesto (como en el siglo XIX), su propio espacio diferenciado. Ahora como entonces, estas pretensiones territoriales suelen

basarse en dos criterios diferentes, que son a menudo muy contradictorios: por un lado, el principio de una zona definida por la homogeneidad étnica de su población, como grupo lingüístico-cultural corriente; y por otro, la noción de un territorio histórico con sus propias fronteras tradicionales, que a menudo incluyen otros grupos étnicos minoritarios. En el siglo XIX, el segundo criterio adquirió una especial importancia para las llamadas "naciones históricas". Así los checos consideraban todas las tierras dentro de las fronteras de Bohemia y Moldavia como su cuerpo nacional; los croatas juzgaban las tres partes del reino medieval como de su propiedad; los lituanos tomaban la ciudad polaco-judía de Wilno como su verdadera capital. Hoy en día, este esquema puede aplicarse a más casos, ya que aparte de aquellas naciones que se consideraban "históricas" en el siglo pasado, hay otras que adquirieron el tipo relevante de historia antes de la guerra (cuando los estonios o letones ganaron un estado independiente) o incluso durante ella (cuando los eslovacos y croatas obtuvieron protectorados bajo licencia nazi). En estas condiciones, los líderes de los nuevos movimientos nacionales se inclinan una vez más a tomar las fronteras estatales como límites nacionales y a tratar a las minorías étnicas en "sus" territorios como extranjeros, cuya identidad se puede pasar por alto y expulsar a sus miembros. La psico-geografía juega una vez más un importante papel en Europa: los niños en las escuelas primarias contemplan constantemente mapas oficiales de su país /14.

## **Demandas etno-lingüísticas y problemas de relegación**

¿Por qué, podemos preguntar, los argumentos étnicos y lingüísticos acaban con frecuencia predominando en los programas de muchos de los nuevos movimientos nacionales de Europa Central y Oriental, justo en un momento en el que el mundo occidental intenta relegar la etnicidad como principio organizativo de la vida económica? La experiencia de los movimientos nacionales clásicos de la zona nos permite una explicación /15.

Cuando se inició su campaña en el siglo diecinueve, los miembros del grupo étnico no dominante no tenían educación política, ni ninguna experiencia de actividad pública en la sociedad civil. En estas condiciones apenas podían tener efectividad los llamamientos a los derechos civiles o humanos en los discursos políticos. Para un campesino checo o estonio, "libertad" significaba la abolición de la explotación feudal y la posibilidad de utilizar su propia tierra sin impedimento, y no un régimen parlamentario. La realidad de un idioma y unas costumbres comunes podía asimilarse más fácilmente que unos remotos conceptos de libertad constitucional. Hoy, de forma en cierto modo análoga, después de cincuenta años de Gobierno dictatorial, todavía falta en gran medida una educación en la sociedad civil y el interés lingüístico y cultural puede funcionar de nuevo como sustituto de unas demandas políticas expresas; podemos observarlo en las antiguas repúblicas de Yugoslavia, en Rumanía, en los Estados bálticos...Esto puede suceder en la práctica incluso allí donde el discurso oficial está saturado de referencias a la democracia o a los derechos civiles.

**14/** Sobre la Psico-geografía como factor de identidad nacional, ver F. Barnes, ed., *Us and Them: The Psychology of Ethnonationalism*, Nueva York 1987, p. 10ss.

**15/** Los movimientos nacionales actuales del "Este" y del "Oeste" no se pueden comparar tan claramente hoy como antes de 1918. Los movimientos nacionales occidentales (por ejemplo, el catalán, el vasco, el galés, el bretón o el escocés) continúan típicamente en la Fase C. o incluso en la Fase B que comenzó en el siglo diecinueve, mientras que la mayoría de los movimientos orientales (por ejemplo el checo, el estonio, el lituano o el polaco) alcanzaron la independencia nacional después de la primera guerra mundial, mientras que otros (por ejemplo el bielorruso o el ucraniano) están reanudando ahora una Fase B interrumpida, o una Fase C (como el eslovaco o el croata).

Las demandas lingüísticas y étnicas no tienen por supuesto la misma importancia en todas partes. Pero en muchas de las repúblicas de la antigua Unión Soviética, en particular, el lenguaje de la nación dominante quedó en muchos casos como símbolo de la opresión política, independientemente de la posición formal del principal idioma local. En el siglo XIX, gran parte de la lucha llevada a cabo por los movimientos nacionales de la época en contra de la burocracia germanófona del imperio de los Habsburgo, o la burocracia rusa del imperio zarista, o la oficialidad del imperio otomano, giraba en torno a problemas lingüísticos. Hoy también, la lengua vernácula de cualquier pequeña nación que lucha por su independencia se considera automáticamente el idioma de la libertad.

Sin embargo, aquí hay más cosas en juego que una simple cuestión de prestigio y simbolismo. La falta de voluntad de los miembros de la nación dominante para aceptar una igualdad lingüística real siempre ha puesto al grupo étnico no dominante en una situación de desventaja material. Los hablantes de alemán y húngaro bajo la doble monarquía se negaban a aprender o utilizar los idiomas de otros grupos étnicos que vivían en “su” territorio. Después, con el desmembramiento del imperio y la eclosión de nuevos Estados independientes en 1918-19, muchos de ellos se encontraron de repente degradados al status de minorías oficiales. Pero, por norma general, se seguían negando a aceptar el predominio del idioma de las pequeñas (pero ahora dominantes) naciones bajo cuyo gobierno vivían: checos, rumanos, polacos y otros. Esta era una situación explosiva, de fatales consecuencias con la llegada del Tercer Reich en Alemania. Hoy se da un proceso similar de relegación: los rusos, en particular, en las repúblicas periféricas se han convertido en minorías en los Estados independientes que los movimientos nacionales están forjando. Los paralelismos históricos entre la postura del *Volksdeutsche* y la del (por llamarlo de alguna manera) *Volksrussen* son sorprendentes e inquietantes.

## La especificidad de la coyuntura poscomunista

¿Qué decir del papel de los conflictos sociales relevantes a nivel nacional en las circunstancias actuales? Teóricamente, podríamos suponer que no deberían de existir allí donde los choques de interés puedan expresarse política o socialmente sin traba alguna. Sin embargo, aunque nuestros conocimientos aquí son bastante limitados, está claro que algunos de tales conflictos están tomando un cariz nacional. Los casos en los que la intelectualidad local se enfrenta a una nomenclatura elitista de otro origen étnico, que se niega a aprender el idioma de la zona (la situación báltica es paradigmática), no son los más extendidos en cuanto a esto se refiere. De hecho, la mayoría de los conflictos sociales relevantes a nivel nacional hoy en día son completamente diferentes de la clásica situación decimonónica, y reflejan la profunda diferencia entre las estructuras sociales de la Europa central y oriental de hoy y la de ayer.

Porque la situación actual en la región es en muchos aspectos única en la historia europea. El antiguo orden, basado en una economía planificada y bajo gobierno de una nomenclatura, ha desaparecido de repente, dejando un vacío político y social. En estas condiciones, nuevas élites, educadas bajo el viejo régimen, pero ahora a la cabeza del movimiento nacional, han ocupado rápidamente los principales puestos de la sociedad. Las capas educadas de los grupos étnicos no dominantes aspiraban a metas similares en el siglo XIX, pero tuvieron que luchar por cada puesto con las élites oficiales de la nación gobernante y una de las condiciones de su éxito fue la aceptación de las formas de vida tradicionales, códigos morales y reglas del juego de la clase superior a ellos. Hoy, por el contrario, la movilidad social vertical hasta los más altos niveles de riqueza o poder no está sujeta a las costumbres tradicionales, sino que a menudo parece ser simplemente el

resultado de egoísmos individuales o nacionales. El vacío en la cima de la sociedad ha creado la posibilidad de carreras muy rápidas, ya que una nueva clase gobernante empieza a tomar forma, reclutada de una confluencia de tres corrientes principales: aprendices de políticos (algunos de ellos antiguos disidentes), burócratas veteranos (los más capaces administradores de la vieja economía de mando) y empresarios emergentes (a veces con recursos financieros dudosos). La lucha dentro de, y entre, estos grupos por puestos privilegiados ha degenerado hasta ahora en los más intensos conflictos de interés de la sociedad poscomunista; y allí donde miembros de diferentes grupos étnicos conviven en el mismo territorio, esta lucha provoca hoy en día las principales tensiones de carácter nacional.

Los riesgos de esta situación aumentan considerablemente debido a otra importante diferencia entre los grupos sociales contemporáneos y los decimonónicos. En el siglo pasado, los conflictos de interés relevantes a nivel nacional nacieron de procesos de crecimiento económico y mejora social: oponiendo a los artesanos tradicionalistas a los industrialistas modernizadores, los pequeños campesinos a los grandes terratenientes, o los modestos empresarios a los grandes banqueros, en lucha por sus respectivas porciones de una tarta cada vez más grande. Hoy, sin embargo, este tipo de conflictos se está desarrollando en un contexto de depresión y declive económico, y la tarta se hace más pequeña. En estas circunstancias, no es de extrañar que la gama de conflictos dentro del movimiento nacional sea mucho más amplia que en el pasado. Resultado de esto es que el amplio espectro de posiciones políticas representadas por los programas de incluso los partidos (genuinamente) "nacionalistas" del momento, que pueden variar mucho en métodos y objetivos, hace más difícil hablar de un programa nacional único. Al mismo tiempo, el cualitativamente mayor grado de comunicación social que nos aseguran los medios de comunicación electrónicos modernos permite una mucho más rápida conversión de la agitación nacional en sentimiento popular. Son mayores las posibilidades de manipulación popular e invención de intereses nacionales cuando no exista ninguno. El control de los medios de comunicación de masas en Europa Central y Oriental es una apuesta vital en la lucha por el poder, ya que su uso profesional confiere un poder extraordinario a quien los controla. En absoluto hemos visto todas las consecuencias que puede acarrear.

Hay, sin embargo, otra diferencia en la presente coyuntura que puede contrarrestar este efecto. En el siglo XIX, el movimiento nacional y el proceso de construcción nacional, y el nacionalismo también, eran comunes a toda Europa. Los nuevos movimientos nacionales de Europa Central y Oriental, por el contrario, aparecen en escena en un momento en el que la idea de integración europea se ha convertido en una realidad histórica en la parte occidental del continente. La forma que pueda tomar sigue siendo muy discutida, por supuesto, ya que dos tendencias opuestas se disputan el futuro constitucional de la CE: una busca convertir a Europa en un continente de ciudadanos y ciudadanas sin tener en cuenta su clasificación étnica; la otra se aferra a las identidades étnicas tradicionales e intenta construir Europa como una unidad de Estados-nación diferenciados. Sea cual fuere el resultado de este conflicto, no podemos pasar por alto el hecho de que los líderes de todos los nuevos movimientos nacionales de la antigua zona comunista proclaman su deseo de entrar en el campo de una Europa unificada.

En relación con esto, podemos hablar de dos procesos (subjétivamente) complementarios de identificación colectiva en Europa Central y Oriental: el nacional, basado en la experiencia histórica de los diferentes grupos étnicos de la región y que da lugar a los conflictos mencionados arriba, y el europeo, que refleja nuevos horizontes y esperanzas. Si hubiera que aplicar los términos de nuestra periodización del movimiento nacional clásico al mismo proceso de integración europea, nos encontraríamos sin duda con una triunfante segunda etapa de la Fase B en Europa Occidental. mientras que tan sólo se vislumbra el

principio de la Fase B en Europa central y oriental, en la cual, en todo caso, es importante distinguir entre declaraciones económicamente oportunistas de adhesencia a los ideales europeos y aspiraciones culturales y políticas a ellos.

## ¿Perspectivas de catástrofe?

¿Cuál es el posible impacto de los nuevos movimientos nacionales de la antigua zona comunista sobre la totalidad del continente? Los trágicos acontecimientos en progreso en lo que ayer mismo era Yugoslavia evidencian de manera demasiado clara los peligros de la coyuntura. Una concentración intransigente en los atributos étnicos de la nación lleva rápidamente a una política nacionalista en el verdadero sentido de la palabra. Una vez desatada esta dinámica, los llamamientos a la moral o al humanismo se muestran siempre vanos: no por falta de talento entre los que los hacen, sino porque una vez que estos nuevos movimientos han adquirido un carácter de masas, ni los argumentos racionales pueden modificarlos ni la fuerza política (que incluso puede provocar su radicalización) reprimirlos, como nos enseña la experiencia de sus predecesores. ¿Hasta qué punto amenazan, por lo tanto, no sólo la integración, sino la estabilidad de Europa?

Todo el mundo sabe que la consecuencia más desastrosa de los movimientos nacionales clásicos de la región fue su papel en el desencadenamiento de la 1ª Guerra Mundial. Hoy, los críticos del “nuevo nacionalismo” en Europa Central y Oriental avisan de los peligros de una repetición de esta consecuencia fatal. Lo que olvidan, sin embargo, es que fueron las políticas nacionalistas de las grandes potencias las que básicamente ocasionaron la guerra: los conflictos entre los pequeños Estados y sus políticos nacionalistas eran poco más que leña menuda en manos de estas potencias. El “etno-nacionalismo” contemporáneo es principalmente un fenómeno de pequeños grupos étnicos o naciones, que están lejos de cumplir un papel internacional de peso. Cierto es que los conflictos a los que dan pie son factores de inestabilidad regional, pero no ponen en peligro la paz de Europa del mismo modo que a principios de siglo; o, en cualquier caso, no lo harán mientras ninguna de las grandes potencias intente beneficiarse de ellas. Esto parece una posibilidad remota en el momento actual, ya que todos los Estados europeos con poder, excepto Rusia, están ahora unidos en la Comunidad Europea. Sin embargo, no sería aconsejable dar por descartada la posibilidad de que algunos políticos o partidos interesados de los principales Estados occidentales utilicen ciertos movimientos nacionales nuevos para ampliar sus propias áreas de influencia. Las iniciativas alemanas en Eslovenia y Croacia han sido interpretadas por algunos en este sentido. Hay por supuesto otro problema que acosa la región, uno que nos recuerda más al período de entreguerras que al siglo pasado. Y es la situación de las minorías dentro de los Estados poscomunistas.

Estas minorías son de dos tipos. El primero engloba a grupos étnicos que viven en zonas relativamente compactas dentro de un estado dominado por otra nación, y que al mismo tiempo pertenecen a una nación al otro lado de la frontera: por ejemplo, los magiares en Eslovaquia o Transilvania, los serbios en Croacia, los polacos en Moravia, los rusos en Estonia, los albaneses en Kosovo. El segundo abarca poblaciones étnicas dispersas dentro de un estado que no es el suyo propio, tales como los eslovacos o alemanes en Hungría, los rumanos en Serbia, los turcos en Macedonia, los gitanos en todas partes. En cualquier caso, los movimientos de las minorías pueden surgir de modo similar a los movimientos nacionales, pero con la diferencia esencial de que no pueden aspirar a alcanzar un Estado-nación independiente. Sus mayores aspiraciones pueden ser la autonomía política o la revisión de fronteras. Pero tales objetivos pueden a veces ser, claro está, más explosivos que las metas de los nuevos movimientos nacionales mismos.

Para concluir, bien podemos preguntarnos: en base a nuestro conocimiento de los



movimientos nacionales clásicos de la Europa decimonónica, ¿qué podemos considerar modificable y qué inamovible en la dinámica de los nuevos movimientos?

La condición preliminar básica de todo movimiento nacional (ayer y hoy) es una profunda crisis del viejo orden, con el colapso de su legitimidad, y de los valores y sentimientos en los que se apoyaba. En el caso de los movimientos actuales, esta crisis se combina con una depresión económica y con la amenaza de decadencia social general, que genera un malestar popular cada vez mayor. Pero en ambos períodos, un tercer elemento crucial en la situación es el bajo nivel de cultura política y de experiencia en la gran mayoría de la población. La coincidencia de estas tres condiciones (crisis social, recesión económica, inexperiencia política) es un rasgo propio de la coyuntura contemporánea; sus efectos se han intensificado por el gran aumento en la densidad y velocidad de la comunicación social. Una vez que el orden reinante (absolutismo o comunismo) sufre una cierta liberalización, los movimientos sociales o políticos en su contra son inevitables. Y estos se convirtieron en nacionales, cuando intervinieron otros dos factores: la existencia de auténticas carencias para una vida nacional plena y de tensiones significativas que pudieran articularse como conflictos nacionales, dentro de un contexto de desarrollo desigual. Una vez que tales movimientos nacionales adquieren un carácter popular, tanto en el siglo pasado como en éste, no se pueden parar ni por medio de prohibiciones gubernamentales ni por el uso de la fuerza. Como mucho, pueden modificarse hoy en día por medio de la educación civil en las escuelas y de los medios de comunicación, quizá en una dirección supuestamente "europea" y por medio de medidas oficiales para asegurar un equilibrio étnico razonable en el empleo público. Las limitaciones de tales medidas son demasiado evidentes. El único remedio verdaderamente eficaz contra los peligros de la situación actual es, por desgracia, el más utópico: la superación de la crisis económica de la zona y la llegada de una nueva prosperidad.

NEW LEFT REVIEW Nº 198 / Marzo - Abril 1993 / Londres

*Traducción: Alberte Pagán*